

HOY, MÁS QUE NUNCA, TRAS LA IDENTIDAD

Prof. Juan Pablo Faúndez Allier, consejero superior.

Uno de los términos que más ha estado en la mira de la opinión pública este año es el de *identidad*. Se ha discutido acerca de la identidad de género, la identidad social, la reidentificación política con la ruptura de los conglomerados que hasta ahora conocíamos, y de ahí a un largo etcétera. Reflexionar tanto sobre definiciones identitarias acerca de lo que creíamos supuesto como cuerpo social induce a pensar que, probablemente, ha llegado el momento de los cuestionamientos al *statu quo* o de las redefiniciones sobre lo que hasta ahora parecía supuesto. Y ocurre que, en medio de esta etapa de crisis de sentido, ha sido el momento en el que también nosotros hemos resaltado, como no lo habíamos hecho antes, el tema de la identificación institucional de nuestra universidad católica, y hemos propuesto, incluso, una Cátedra para tratar aquello. ¿Por qué?

Queriendo abordar las delimitaciones o la definición de lo que somos, nuestro Plan de Desarrollo Estratégico 2017-2022 posicionó como primer lineamiento estratégico la reflexión en torno a la “Universidad que proyecta su identidad”, iniciando el texto, de modo muy realista, articulando la relación entre el sello valórico institucional y su comprensión en el contexto de un mundo globalizado, pluralista y multicultural. Es decir, el contenido nos sugiere que el modo cómo ha de proyectarse el sello o la impronta de nuestra universidad ha de detenerse hoy más que nunca en la disposición dialógica con el entorno, sin que ello implique una pérdida de lo esencial, aunque deba realizarse sí una relectura actualizada de aquello.

Las situaciones de crisis pueden afectar y destruir una identidad, o también, fortalecer y reinterpretar de tal modo el sentir de un conglomerado, al punto de servir como un elemento vehiculador que permita conectar nuevamente con la genuina misión identitaria para ayudarla a explicitar su sentido. En esta perspectiva, y para no confundirnos, la lúcida actitud de un organismo vivo, como una universidad católica, no pasaría por sostener, por una parte, que la defensa de su identidad implique retrotraer la institución al pasado en una añorada desesperación por cobijarla tras las paredes seguras de una catolicidad inmóvil. Pero, por otra parte, tampoco significa ‘romper las tablas’ de las tradiciones o entregas de sentido que se han ido cultivando y traspasando de generación en generación, como propusiera un filósofo alemán. Me parece que la *universal* o *católica* propuesta de una universidad como la nuestra pasa por disponerse en actitud de lectura atenta ante los signos de los tiempos para sopesar prudencialmente cómo interpretar el universo de situaciones que enfrentamos desde la razonada y razonable Buena Noticia, y proponer cuál es la orientación de sentido y de adecuada interpretación a los nuevos fenómenos culturales que vivimos, para que de este modo podamos cumplir lúcidamente nuestra misión. Sin ir más lejos, es lo que hemos hecho de modo ejemplar con la Política que orienta el Reglamento ante conductas de acoso en nuestra Universidad. Un fenómeno actual, que no llamó nuestra atención en otros momentos, y que hoy está tras la atenta mirada de nuestras instituciones y de la ciudadanía en general. La respuesta de identidad católica, en nuestro caso, para atender las diversas situaciones en las que se ha vulnerado a personas, como mienta el

texto, ha sido a partir de la atenta lectura de los valores y principios de la Doctrina Social de la Iglesia, para extraer desde ellos el sentido orientador de las acciones y de las sanciones. El establecimiento de una cultura. Y fue una propuesta validada mediante una propicia participación institucional por los tres estamentos que conviven en nuestra universidad, quienes actúan hoy, a su vez, de modo inédito, en el estudio de las sanciones que han de imputarse en cada situación.

Este caso es un botón que ejemplifica cómo interpretar desde el rico acervo cultural católico que administramos, respuestas de sentido que nos permitan hacernos cargo de los nuevos temas y conflictos del presente, sin perder nuestra identidad. Y como época de transformaciones, son innumerables los asuntos que deberemos repensar, conjuntamente, en diversas esferas, desde el posicionamiento de la mujer en una institución -ya católica, ya laica- de histórica hegemonía masculina, hasta ver cómo trabajar con la limitante y poco novedosa agenda de paros anuales que habla de la falta de creatividad de las convocatorias, y de lo que es peor, del atentado directo en contra de la identidad de lo que significa una corporación de maestros y alumnos que no debiesen cesar tras la búsqueda del saber. ¿Cómo dejar afuera de aquello nuestra identidad?

Estamos viviendo en estos años un apasionante decurso de acontecimientos, lleno de preguntas que, en vez de disponernos violentamente o de paralizarnos en nuestra acción, debiese suscitar en nosotros, primero, la dicha porque las preguntas que nos alimentan como universitarios se reproducen a borbotones y, segundo, el poder ejercer el talante más propiamente universitario que nos lleve a discernir y calibrar qué es lo más conveniente para dar los pasos, como universidad católica, que nos ayuden a responder sabiamente a nuestras pulsiones internas y a los ruidos externos, pero sin perder nuestro ser identitario.

Me gusta reconocer la identidad (y así lo hace también nuestro Plan de Desarrollo Estratégico) como el cuidado por el sello, las prácticas, los símbolos y la historia de aquello que nos identifica, para disponernos a responder originalmente a este nuevo presente y avizorar el futuro sabiendo lo que somos, sin perder el sentido, sin olvidar el norte. Reconocer, de este modo, nuestra adhesión a la identidad podría realizarse desde un simple escrutinio personal que nos permitiera revisar si estamos de acuerdo con el ADN de la institución en la que construimos gran parte de nuestra vida. Otros lo llaman coherencia o sentido de ubicación. Y todo ello porque la identidad es aquello que nos identifica. O, permítaseme la expresión: lo que nos “huellidifica”, lo que hace posible seguir poniendo la huella para edificar todos los aspectos que afectan a la vida humana y que nuestra institución intenta asumir desde la academia, a partir de una peculiar visión.

No da lo mismo, en tiempo de decisiones complejas, dispersarnos en vez de *identificarnos* con lo genuino. Ser lo que somos para cumplir nuestra propia e irremplazable tarea. Sólo de este modo, como dice nuestra Misión, podremos crear y comunicar un conocimiento desde la convicción de nuestra esencia: la de ser una universidad católica. Espero, sinceramente, estar formando parte de una nueva generación de académicos de la PUCV que no deba, en unos años más, salir en la búsqueda del sentido que se ha perdido, porque hoy la universidad descuidó su identidad.